

# MUJERES Y CIENCIA EN LA PROPUESTA DE PEDRO POVEDA

**Consuelo Flecha García**  
*Universidad de Sevilla*

Cuando comienza el siglo XX se abre un periodo en la historia de España de creciente conciencia social, de un «despertar sorprendente, asombroso, de la cultura española»<sup>1</sup>, de preocupaciones vinculadas a la inestabilidad política, al insuficiente desarrollo económico, a la necesidad de innovación pedagógica y reforma educativa, al enfrentamiento entre ideologías, enfoques y opiniones —de manera especial entre laicismo y catolicismo—, y de una visible confluencia de acciones individuales y colectivas que formaban parte del paisaje de soluciones aportadas y de medidas llevadas a la práctica. Periodo en el que emergen nuevos grupos sociales en búsqueda de espacios propios, entre ellos el de las mujeres de las clases medias.

Precisamente este último hecho dio paso a uno de los temas cada vez más públicamente visible en los debates de la época, y convertido en causa de movilización de iniciativas, el relacionado con la que se había denominado en el siglo anterior *cuestión femenina*, destacando entre los aspectos incluidos en su análisis, el educativo<sup>2</sup>. Se habían ido recogiendo muchas inquietudes dentro de esa formulación, y la seguían alimentando mujeres atentas a las oportunidades disponibles en una sociedad, la española, cuyos dirigentes políticos no dejaban de manifestar voluntad de progreso y de mejora, aunque las concreciones de la misma fueran diversas en razón de los diferentes

1. Fusi, J. P. «La cultura» en VV.AA. *La España del siglo XX*. Madrid, Marcial Pons Ed., 2003, p. 444.

2. En el Volumen Homenaje a Pedro Poveda publicado para conmemorar el cincuentenario de su muerte, el profesor Buenaventura Delgado quiso participar con un trabajo sobre el contexto pedagógico que Poveda había conocido y utilizado como referencia en sus actuaciones. Con el título de «Influencias de las pedagogías extranjeras en la España reciente», afirmaba en él que «España estuvo con los ojos bien abiertos al quehacer educativo de los países más avanzados... Llovieron las discusiones, los planes, los proyectos, las reformas legislativas, creyendo ingenuamente que con ello se corregía el rumbo de la nación... Al margen de la crispación nacional en que vivía y sufría España, los pedagogos y educadores españoles... fueron transformando lentamente las nuevas generaciones» (En VV. AA. *Pedro Poveda. Volumen-Homenaje Cincuentenario 1936-1986*, Madrid, Narcea, 1988, p. 276). Hoy, con ocasión del Libro Homenaje al profesor Buenaventura Delgado quiero sumarme haciendo memoria de uno de esos «pedagogos y educadores españoles».

posicionamientos ideológicos, y cuyos intelectuales cumplían con frecuencia el papel de conciencia moral. En ambos casos, deteniéndose apenas, casi de soslayo, en la importancia de la incorporación de las mujeres a las dinámicas del progreso tal como entonces se formulaba. La profesora Nerea Aresti llama la atención de que todavía en los primeros años del siglo XX:

«El desprecio de la condición femenina y la convicción acerca de la inferioridad de las mujeres presidió la retórica liberal del momento. [Que] el empeño en la superación de las visiones religiosas tradicionales agravó la difícil relación de las mujeres con la ciencia y el concepto liberal de progreso. [Y que] la autoridad científica no hizo sino añadir legitimidad a seculares prejuicios»<sup>3</sup>.

Cien años después podemos pasar la película de lo que ha ido sucediendo desde entonces en nuestro país, y en otros muchos, hasta llegar a una presencia efectiva de mujeres en casi todos los ámbitos y tareas que requieren las sociedades actuales. Las imágenes que proyecta en nuestra pantalla reflejan niveles altos de formación, identidades que no responden a un modelo único, el ejercicio de nuevas responsabilidades, el reconocimiento de capacidades, etc. Todo lo que han logrado con su propio esfuerzo, valiéndose y hasta forzando las circunstancias que ofrece el propio devenir histórico, y en algunos casos, también con el apoyo prestado desde diferentes instancias y personas que las alentaron en el camino emprendido. Aunque ese conjunto de modificaciones se han acelerado en las últimas décadas, el convertirlas en realidad ha exigido soportar un proceso lento en el que mujeres mayoritariamente —pensemos en el origen de sus primeras manifestaciones públicas hace más de dos siglos—, las han defendido y reclamado con empeño para la población femenina.

Muchas mujeres, en verdad, han sido protagonistas de este proceso de transformación, en una trayectoria seguida por varias generaciones que desearon cambios, los proyectaron con audacia y los terminaron consiguiendo casi siempre logro a logro, sólo a veces precipitados por saltos que avivaban el ritmo. En el inicio estuvo el exteriorizar descontento y hasta intranquilidad personal, actitudes que compartían unas con otras, para afirmarse en las razones que avalaban sus deseos, para difundirlos, y para animar a decisiones personales; y más tarde, el sumarse a grupos y a movimientos que trabajaban con la finalidad de contribuir a una evolución en la condición femenina que sentían imprescindible, desempeñando un papel en los avances sociales, culturales y políticos. En el «tiempo que medió entre los principios del siglo XX y la guerra civil, la sociedad española —escribe Nerea Aresti— asistió a cambios transcendentales en las relaciones de género. Durante los años veinte

3. ARESTI, N. *Médicos, donjuanes y mujeres modernas*. Bilbao, Universidad País Vasco, 2001, p. 257.

y treinta se transformaron los ideales de masculinidad y feminidad, así como el concepto que el conjunto social tenía de las mujeres»<sup>4</sup>. Recorrido en el que, en distintos momentos, contaron con el acuerdo y el impulso de algunos hombres más especialmente sensibles a las cuestiones y a los acontecimientos que anuncian y preparan las reformas sociales de fondo.

## El interés por un asunto de actualidad

En este contexto se sitúan las iniciativas de Pedro Poveda Castroverde (Linares, Jaén, 1874-Madrid, 1936), un educador que se dejó afectar por una demanda que iba ganando actualidad en el primer tercio del siglo XX en España: el papel que correspondía asumir a la población femenina en una época en la que el ejercicio de los derechos de ciudadanía reconocidos, sociales y políticos, estaban formalmente al alcance de todos los hombres, cualquiera que fuese la clase social de pertenencia, y de los que no podía seguir quedando fuera el otro cincuenta por ciento de cada uno de esos grupos, las mujeres.

Un hombre de pensamiento que postula con insistencia la articulación entre humanismo y fe, entre fe y ciencia, entre cristianismo y modernidad, frente a la posición que los hacía irreconciliables. Propósito de calado puesto que, si bien la modernidad introducía giros positivos para las mujeres, como para toda la sociedad, —derechos educativos, políticos, económicos, etc.—, con efectos y significación que se interpretaban según los diversos ángulos de mirada, ese hecho generó «en todas las sociedades occidentales un clima de antagonismos especialmente exacerbados, ... atmósfera [que] fue superada con mayor dificultad en España que en el resto de Europa»<sup>5</sup>. Y aunque resulta complejo establecer con nitidez los factores que han influido en un proceso histórico determinado, parece evidente que esa dicotomía fue exacerbada por «la influencia que el complejo itinerario histórico español de la contemporaneidad tuvo en la llamada cuestión religioso-educativa»<sup>6</sup>.

Un cristiano que vivió con preocupación el que la neutralidad religiosa y el laicismo se concibieran como condición *sine qua non* para el desarrollo de un verdadero humanismo, y que en la puesta en práctica de ese principio en diferentes ámbitos, justificara posturas de hostilidad contra todo lo que se definiera como católico. Un sacerdote que, sin apartarse de la doctrina

4. Ibidem.

5. GÓMEZ MOLLEDA, M<sup>o</sup> D., «Marco histórico: Iglesia, sociedad y educación» en BARTOLOME MARTÍNEZ, B. (Dir.): *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España*, Vol. 2, Madrid, Biblioteca Autores Cristianos, 1996, p. 4.

6. Ibidem.

eclesial, se distancia en sus propuestas para las mujeres de algunas de las formas habituales, y hasta aconsejadas, de vivir el cristianismo en su época.

Con este bagaje personal de referencia es con el que afronta el proyecto de contribuir a la promoción de la mujer en diferentes dimensiones: intelectual, profesional, creyente, social. Sus escritos y realizaciones se dirigen a secundar, argumentar, dar sentido, precisar posibilidades y límites, justificar, la intención que las mujeres tenían de incorporarse a las nuevas funciones que estaban empezando a tener la posibilidad de asumir en aquellas décadas, a lo cual contribuye con el desarrollo de proyectos que favorecieran no únicamente el acceso de todas las mujeres a la alfabetización, a unos conocimientos básicos, sino más en concreto, de un mayor número de ellas a la enseñanza universitaria y al ejercicio de profesiones que requerían mayor cualificación. Y lo hace realidad en unos años en los que las condiciones que acompañaban la vida de las mujeres, pueden ser difíciles de entender desde las circunstancias en las que hoy viven y se desenvuelven en un buen número de países.

El papel que correspondía asumir a la población femenina en aquella sociedad que a principios del siglo XX se estaba organizando sobre bases más abiertas y democráticas, era un asunto de actualidad que interesó a Poveda de manera preferente; él estaba al tanto de las inquietudes que manifestaban entonces mujeres de diferentes grupos sociales en torno a lo que querían y a lo que debían ser en unos marcos de convivencia que preconizaban la modificación del sistema de valores, y en los que se percibía un despertar feminista que se iba abriendo espacio paulatinamente en contacto con el de otros países europeos. Feminismo que sentían legitimado en sus objetivos por los valores de libertad y de igualdad individual que el liberalismo decimonónico había puesto como motor y como horizonte de los cambios sociopolíticos soñados para los hombres. Unos valores y unos cambios defendidos también para las mujeres que los reclamaban con carácter inmediato puesto que llevaban excluidas de las prerrogativas contenidas en ellos, desde su definición en el contexto del modelo de ciudadanía que había cristalizado en el paso del antiguo al nuevo régimen.

Un feminismo ya plural en las ideas y propuestas mantenidas como criterio en cada caso, pero unido en aspectos básicos irrenunciables, como los de ejercer sin trabas sociales indirectas el derecho a los estudios superiores, a la investigación y a un trabajo profesional; éste, también para aquellas mujeres cuya motivación no nacía de la necesidad económica, sino del deseo de acceso a recursos que favorecían una autonomía personal y posibilidades más amplias de participación en los ámbitos públicos. Igualmente el derecho

al voto y a intervenir en la vida política. Aspiraciones a las que un número sin duda significativo de mujeres se sentían llamadas entonces, aunque lo fuera con mayor o menor adhesión debido a múltiples situaciones personales, y que al mismo tiempo era reducido respecto del total de la población femenina, por los límites en los que la mayor parte vivía.

A Poveda, como escribe Ángeles Galino, «no le pasó desapercibida la profunda conmoción social de su época. Y en ella, como una consecuencia y también como un agente de fermentación, el nuevo 'status' todavía incierto, de la mujer»<sup>7</sup>, de ahí el que tratara de escuchar y de entender lo que esos mensajes encerraban, buscando alguna respuesta pertinente. Y ésa fue la de implicarse ofreciendo medios que ayudaran a conseguir la preparación reclamada por algunas mujeres como requisito necesario para otras metas; los cuales iría ampliando año a año con la finalidad de que otras muchas pudieran satisfacer las mismas aspiraciones. A este objetivo a favor de la formación intelectual y personal femenina dedicó buena parte de los proyectos que desarrolló; a que más mujeres estudiaran más, a que pudieran reunir las condiciones necesarias para entrar en campos nuevos para ellas, asumiéndolos con competencia profesional, con sensibilidad de servicio y de mejora, con un marco de valores que no pidiera prescindir de la identidad cristiana. Pero ésta, desde una postura renovada de situarse como mujeres creyentes, entendiéndola desde el espíritu que difundían algunas de las Universidades católicas impulsoras entonces de un nuevo estilo de vivir la fe, entre otras la de Lovaina; una fe pensada, interior, coherente, siempre en diálogo con el momento presente, comprometida, que impregna de sentido la realidad.

## Las mujeres universitarias

La instrucción académica era un asunto, aunque no el único, en el que el hecho de haber nacido mujer significaba tolerar dudas familiares, sospechas sociales y requisitos legales específicos, que los primeros movimientos de mujeres con mayor conciencia de lo que estaba sucediendo habían empezado a denunciar. Lo materializaban publicando comentarios en los periódicos, a través de artículos en revistas, cuando eran invitadas a pronunciar conferencias, aprovechando intervenciones en Congresos, o planteando directamente interpelaciones a los gobernantes. Utilizaban con inteligencia y determinación todos los cauces por los que se les permitía transitar.

7. GALINO CARRILEO, Á. *Pedro Poveda. Itinerario Pedagógico*, Madrid, CSIC, 1965, 2ª ed., p. 82.



Ante la polémica difícil de acallar en torno a las incertidumbres que suscitaba la dedicación por parte de las mujeres, de tiempo, de energías y pensando en su futuro, a unos aprendizajes de nivel superior, sobre su derecho y sobre la conveniencia de cursar las mismas carreras que los hombres, o de ejercer la profesión para la que esos estudios capacitaban, Poveda pertenece al grupo de personas que apuestan por la urgencia de apoyar ese tipo de preparación para las mujeres<sup>8</sup>, así como su actuación en ámbitos públicos introduciendo de esta manera, «modificaciones en la retórica sobre los roles y espacios de género»<sup>9</sup>. La apertura de Residencias para chicas estudiantes en numerosas ciudades españolas, y en Chile e Italia, era servir al objetivo de la promoción femenina, intentando que no se viesan limitadas sus oportunidades educativas porque el hecho de ser mujeres hacía más problemático vivir fuera de las familias.

En Madrid, en la calle Goya nº 46, inauguró en 1914 una Residencia para las jóvenes que se desplazaban a la capital con la finalidad de estudiar en la entonces llamada Escuela de Estudios Superiores del Magisterio o en la Universidad, y necesitaban un lugar donde alojarse que reuniera las condiciones idóneas. Era la primera que se abría con este objetivo en España<sup>10</sup>. Aunque podía parecer que no era necesaria, puesto que en esa fecha apenas pasaban de sesenta las mujeres que, en un periodo de cuarenta años, habían obtenido el título de Licenciatura. Pero Poveda quería facilitar el que aumentara su número proporcionando un espacio específico a las que se decidían a elegir ese entonces no trillado camino, ya que disponer de un lugar de residencia adecuado para las jóvenes en aquellos años, suponía una condición fundamental a la hora de que las familias decidieran el desplazamiento de una hija a alguna de las ciudades en las que era posible realizar estudios universitarios.

Estos mismos argumentos expuso muchos años después, en 1933, María de Maeztu, directora de la Residencia de Señoritas, en una entrevista que le hizo la periodista Josefina Carabias para la revista *Estampa*. Ante la pregunta sobre el número de estudiantes que tenía esa Residencia cuando se fundó en 1915, su respuesta fue la siguiente:

8. Cfr. LÓPEZ DÍAZ-OTAZU, ANA M<sup>ª</sup>., «Colaboradoras de Pedro Poveda que hicieron viables los proyectos» en VV. AA. *Pedro Poveda. Volumen-Homenaje...*, op. cit., p. 297.

9. BLASCO HERRANZ, I., «Ciudadanía femenina y militancia católica en la España de los años veinte: el feminismo católico» en BOYD, C. *Religión y política en la España contemporánea*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, p. 198.

10. Cfr. FLECHIA GARCÍA, C., «La primera residencia universitaria femenina en España» en VV. AA. *Pedro Poveda. Volumen-Homenaje...*, op. cit., pp. 321-335.

«Tres solamente, y no porque las chicas se resistieran a vivir aquí sino porque, en realidad, no había más que dos o tres mujeres en la universidad, y éstas eran hijas de familias residentes en Madrid. La Residencia de Señoritas no se basó en un hecho, sino en una suposición. No era, pues, un negocio que se montase para aprovechar las circunstancias favorables. Era un sacrificio que hacía la Junta de Ampliación de Estudios para animar a las mujeres españolas a seguir el camino que habían iniciado las de otros países»<sup>11</sup>.

Como antes y después de la fecha de 1914 Poveda había creado residencias para estudiantes de Magisterio y de Bachillerato en diferentes ciudades<sup>12</sup>, la previsión avanzada por él se confirmaba en unos y otros lugares de tal forma que en la correspondencia mantenida en 1921 con Baldomero Ghiera, le comentaba la percepción que se tenía de los centros creados hasta entonces; la información que le proporcionaba aportaba estos datos:

«En las provincias donde hemos establecido internados... puede hacerse una estadística de cinco años antes de estar nosotros, a cinco años después de tal fecha y se nota un movimiento en la cultura de la mujer extraordinario. Tanto es así que en algunos sitios se nos censura por el exceso de educación intelectual»<sup>13</sup>.

Dos afirmaciones que desvelan, en un caso la rápida reacción de las jóvenes y sus familias para aprovechar los medios que hacían viable el que estudiaran —era la falta de *servicios educativos*, incluso más que la mentalidad o la falta de interés, lo que frenaba esas decisiones—; y la segunda las críticas que recibe por alentar la «educación intelectual» de las mujeres. Lo que no es óbice para que continúe con nuevas iniciativas pues en 1923 creaba el Instituto Católico Femenino para impartir el Bachillerato, al que seis años después escribe una carta en la que hace una declaración que puede explicarse en el clima de reticencias del que algunos sectores seguían rodeándole: «que

11. CARABIAS, J., «Las mil estudiantes de la Universidad de Madrid. Entrevista con María de Maeztu», *Éstampa*, 24 de junio de 1933. Reproducido en *Crónicas de la República*, Madrid, Temas de Hoy, 1997, p. 126.

12. Conocidas como *Academia Internado Teresiano*. «entre 1911 y 1919 se fundaron 11 Academias-Internados distribuidos por: Oviedo (1911), Linares (1912), Jaén (1913), Madrid (1914), Málaga (1914), La Carolina (1915), León (1917), Barcelona y Teruel (1918), Ávila y Burgos (1919). Todos estos centros, excepto el de La Carolina se mantienen en la década siguiente, durante la cual se crean otros nuevos en: San Sebastián, Alicante, Bilbao, Córdoba, Sevilla, Santander y Santiago de Compostela». En CAPEL MARTINEZ, ROSA M<sup>ª</sup>. *El trabajo y la educación de la mujer en España (1900-1930)*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1986, p. 354.

13. Carta de 9 de octubre de 1921 a uno de los clérigos preocupados por la orientación feminista de la Obra de Poveda. En MARTÍN GAMERO, A. *Antología del feminismo*, Sevilla, Instituto Andaluz de la Mujer, 2002, p. 251.

educar a la mujer —sostiene Poveda—, aunque sea para la Universidad, no es deformarla sino perfeccionarla»<sup>14</sup>.

Porque está convencido de ello, aunque en los Internados de ciudades con Universidad, esas estudiantes compartían alojamiento con las alumnas de los Institutos de Segunda Enseñanza —Bachillerato y Comercio— de las Escuelas Normales y de otros centros, como Bellas Artes, de 1929 a 1935 abriría Residencias destinadas específicamente a universitarias en Santiago de Compostela (1929), Madrid (la 2<sup>a</sup>) y Valladolid (1931), Zaragoza (1932), Sevilla (1933), Madrid (la 3<sup>a</sup>) (1934), Salamanca y Granada (1935). En casi todas las capitales de provincia en las que había Universidad, además de en Santiago de Chile (1934) y en Roma (1935).

Con todas estas realizaciones no sólo demostraba dar crédito a las expectativas y demandas formuladas por las mujeres en aquellos años, no sólo creía en las aptitudes personales que tenían y les dio respaldo eficaz y confianza alentadora, sino que el fondo de ese modo de proceder nacía de un convencimiento, el de la necesidad y la obligación de contar con ellas allí donde se gestiona y mejora la sociedad: en la profesión y en la cultura, dentro y fuera de la familia, en el compromiso social y en el testimonio creyente. Aportaban un potencial de energía humana que no era justo seguir paralizándolo. Por eso, en un acto de la Asociación de Estudiantes Católicas<sup>15</sup>, en el discurso que pronunció la estudiante que actuaba de Secretaria de la misma, alegaba implícitamente en defensa de esas nuevas situaciones que motivaban su esfuerzo y se cuestionaba: «¿por qué ha de restarse la mitad de las inteligencias, precisamente las que pueden poner mayor dulzura y más paz en la lucha, al combate con que la humanidad trata de conseguir sus destinos?»<sup>16</sup>.

Y para ello, para caminar hacia esa meta, que hubiera mujeres cultas, preparadas, estudiosas, profundas en sus convicciones y en su fe, no dejó de insistir en las consecuencias que tendría ese tipo de formación para ellas mismas y para la sociedad. Contribuyó a que se vencieran temores entre quienes reconocían su autoridad, y a suscitar esperanzas persuadiendo de que debían ser las propias mujeres las que tomaran las riendas del itinerario en el que se había entrado. Por eso solicitó su participación desde el principio

14. POVEDA, P. *Preparación para la Universidad. 1927*. Archivo Histórico Institución Teresiana.

15. En el año 1929 se encarga de organizar la Asociación Católica Femenina de Estudiantes, de la que podían formar parte tanto tituladas universitarias como estudiantes. La sede la estableció en la Carrera de San Jerónimo, de Madrid.

16. MOYANO, J. «Fiesta de las Estudiantes Católicas». *Boletín de la Institución Teresiana*, diciembre, 1930, p. 46.



en lo que iniciaba, dejó en manos de mujeres la realización de los sucesivos proyectos, y fueron las destinatarias de una parte muy importante de sus escritos<sup>17</sup>. La visibilidad que ofrecían de modos nuevos de ser mujer contribuyó a que fueran ganando prestigio y reconocimiento, y a que se convirtieran en referencia de vida para otras mujeres, muy especialmente para las jóvenes que se relacionaban con ellas.

Ese actuar como directoras y gestoras principales de cada una de las acciones que se consolidaban con los años, es lo que se comprueba al conocer el desarrollo de las mismas, ya que si bien le corresponde a Poveda la idea original y su concreción, las mujeres que se involucraban en ellos, profesionales o todavía estudiantes con rostros y nombres concretos, eran las protagonistas de lo que iba a comenzar y de su realización; las que con una amplia formación y conscientes de la responsabilidad social que con sus estudios habían adquirido, decidían implicarse en la educación de otras.

## **Orientaciones poco habituales**

Aquellas décadas que iban cerrando una época y abriendo otra de horizontes más ambiciosos, vivían sometidas a la controversia, a la repercusión en lo público-político de muchas decisiones de carácter personal; entre ellas las que estaban impulsando la innovación en las pautas y en los contenidos de la educación de las mujeres, debido a las repercusiones previstas en la identidad personal, en la posición social y en el orden de relaciones entre los sexos en todos los ámbitos. La polémica venía alimentada por tres cuestiones de importancia radical: la primera, el lugar que correspondía a esta mitad de la población, las mujeres, en espacios fuera de lo doméstico; la segunda, las consecuencias de no poner límites al acceso femenino a la cultura superior y a la ciencia; y la tercera, la adhesión a unas creencias religiosas, mejor, a una fe que en pequeños círculos estaba reclamando ser asumida más allá de formas externas, que requería un diálogo con la cultura moderna, con el avance de la ciencia, con las nuevas costumbres y formas de vida, algo de evidente dificultad en lo institucional, y muy complicado en cada creyente. Cuestiones que se concebían como especialmente sensibles en el caso de las mujeres, pero de las que, sin duda, había que partir y había que integrar dentro de un estilo de formación válido para desenvolverse en las presencias y responsabilidades públicas.

17. Cfr. LÓPEZ DE LAZ-OJAZU, ANA M<sup>ª</sup>. «Colaboradoras de Pedro Poveda...», op. cit., p. 298.

Es en el marco de estas tres cuestiones en el que interviene Pedro Poveda sin alardes pero sin ambigüedad, aportando hechos contrastados más que argumentos que encresparan ineficazmente, un pensamiento lúcido y discordante, realizaciones que podían evaluarse y medios adecuados que mostraran lo que de insuficientemente fundada podía tener esa polémica. Oferta que, a la vez, le permitía conocer el lugar donde otros se situaban, el fondo de las razones que les movían, la validez de los procedimientos que empleaban, todo aquello que podía enriquecer su propia propuesta, en la cual nunca rebajaba el compromiso cristiano. «Le interesó —comenta Armando Pego— conocer de cerca los planteamientos de quienes buscaban contribuir también a la formación de personas y de sociedades mejores y más justas. Dialogar con ellos, acoger lo que entendía valioso, e incorporarlo a un modo de actuar en el que no disminuyera la exigencia cristiana»<sup>18</sup>.

La experiencia que le fue dando, a medida que iba transcurriendo el tiempo, la cercanía con las estudiantes que pasaban por las Academias y las Residencias en las distintas ciudades, le permitió afianzarse en determinadas convicciones y expresar certezas que seguramente debieron llamar la atención de quienes leyeran o escucharan sus afirmaciones. A las profesoras que orientaban las actividades, les ponía ante la urgencia de animar al estudio y a cultivar la ciencia, lo que incluso les ponía como señal de su verdadera implicación en el proyecto del que participaban. En 1919 las confrontaba de esta manera:

«Vuestra ciencia debería ser tal, que nadie supiera más que vosotras ni tuviera el arte que vosotras para hacer amable el estudio, para inculcar la afición a la ciencia. ... Dura será mi afirmación, pero no vacilo en hacerla: si no edificáis por vuestra ciencia, por vuestro estudio, por vuestro saber, habrá que dudar de vuestra virtud, y temer por vuestra fe y negar vuestro teresianismo»<sup>19</sup>.

Y en esa misma línea se dirigía una década más tarde a las estudiantes universitarias de las Residencias y Asociaciones que había creado, a las que reiteraba los argumentos ya utilizados. Los planteaba ahora orientando a estas destinatarias hacia la responsabilidad que contraían de cara a su trabajo posterior, hacia un estudio encaminado a la función social en la que tenía que revertir:

18. PEGO PIJOSO, A. *Modernidad y Pedagogía en Pedro Poveda*. Salamanca. Universidad Pontificia de Salamanca, 2006. p. 23.

19. POVEDA, P. «Juntad a vuestra fe, ciencia. 1919» en GALISO CARRIEDO, A. *Pedro Poveda. Itinerario...* op. cit., pp. 353-354.

«Si sois mujeres de fe, estimaréis como deber primordial el cumplimiento de vuestras obligaciones, y una de ellas, y sacratísima por cierto, es el estudio, el trabajo, el asiduo trabajo para capacitaros y ostentar dignamente un título, que si os da acceso a puestos sociales de importancia y honor, os obliga a adquirir el bagaje científico necesario, para desempeñarlos dignamente, y para no engañar a la sociedad que, si os otorga esos puestos es porque os supone preparadas para desempeñarlos»<sup>20</sup>.

Este texto forma parte de una carta escrita en 1930, en la que una vez más ve la necesidad de justificar su desacuerdo a que se fomente un antagonismo entre la fe y el mundo moderno, y desde luego a que esto se traduzca en mantener el alejamiento de las mujeres del cultivo de la ciencia por el miedo a que les haga abandonar «la piedad». Es fuerte, enérgico y contundente en sus valoraciones y argumentos, y hasta en el lenguaje que emplea:

«En nuestro programa, después de la fe, mejor dicho, con la fe ponemos la ciencia. Somos hijos del Dios de las Ciencias, de quien dice la sagrada Escritura, Deus Scientiarum, Dominus est. ... Así como os decía el otro día que seáis mujeres de mucha fe, de fe viva, de fe sentida, y que nunca digáis no más fe, así os digo hoy, desead la ciencia, buscad la ciencia, adquirid la ciencia, trabajad por conseguirla, y no os canséis nunca, ni digáis jamás, no más ciencia. La mucha ciencia lleva a Dios, la poca nos separa de Él, dijo un sabio.

En fuerza de oír mentiras, y por vivir en esta época de confusión de ideas y de falsedades de todo género, pasamos sin protesta el que se... establezca un dualismo dentro de la misma personalidad, (cosas del modernismo) la personalidad religiosa y la personalidad científica, y hasta se pretende que las mujeres no profundicen en la ciencia para no quitarles la piedad. Todo esto es absurdo, herético, falso de toda falsedad, gratuita impostura de los que tienen miedo a la ciencia verdadera y explotan la falsa ciencia para seducir incautos»<sup>21</sup>.

Posicionamiento en el que hace una doble llamada a estas universitarias. Por una parte sus palabras se encaminan a arrancar «el miedo a la trascendencia, tan cuidadosamente cultivado en los ambientes» de aquella época<sup>22</sup>, en los cuales mantener la fe era quedarse en lo antiguo, en el rechazo del progreso; y por otra, quieren confirmarlas en la tarea del estudio y de la investigación aunque no en todos los círculos católicos se aceptara bien, aunque supieran que desencadenaba reacciones en contra. Poveda conocía

20. POVEDA, P. «Nuestro Programa. Fe y Ciencia. 1930» en GALINO CARRILLO, A. *Pedro Poveda. Itinerario...*, op. cit., p. 350.

21. Idem, p. 349.

22. GÓMEZ MOLLIDA, M<sup>o</sup>. D. *La escuela problema social*. Madrid. Narcea. 1974, p. 14.

de sobra los comentarios que tenía que soportar sobre unas actuaciones, las impulsadas por él, que concitaban rechazo en la medida en que rompían el modelo de mujer defendido como imprescindible para asegurar el orden social deseado, el de la división de esferas; porque desvanecían las representaciones simbólicas en las que se encerraba a todas las mujeres, con imágenes, ideas y rasgos asociados que suplantaban lo que en realidad podían llegar a ser.

Y todavía continúa más adelante subrayando la cultura sólida a adquirir, las voces que ese logro puede silenciar, y los beneficios que reportaría después a través del ejercicio profesional:

«Nuestra asociación ha de ser la prueba más elocuente de cuanto venimos diciendo. La cultura sólida de nuestras doctoras y licenciadas debe ser el mentís más rotundo a todas esas afirmaciones gratuitas. ...

Convencidas vosotras de la falsedad de estos tópicos demasiado vulgares y desacreditados, debéis profesar como uno de los puntos principales de vuestro programa el amor a la ciencia, la necesidad de la ciencia, para ser mañana útiles a la sociedad en el ejercicio de vuestras carreras»<sup>23</sup>.

Poveda difunde este planteamiento sobre ciencia y sobre cultura de las mujeres cuando en España y en Europa se está viviendo ese clima controvertido de confrontación entre tradición y modernidad, entre cristianismo y avances científicos, pues sobre todo la ciencia se percibía como incompatible con la fe. Y el vincular el catolicismo con el retraso y el conservadurismo, con la actitud beligerante hacia esa modernidad deseada, «condicionó que las mujeres, al ser asociadas con la religión, fueran consideradas como opuestas al progreso y cercanas a la tradición»<sup>24</sup>. La novedad de Poveda fue la de animarlas a situarse en el centro de una temática que por esas razones, y por el no creerlas capaces, y menos interesadas, podía pensarse alejada de ellas.

En otra carta, ésta dirigida a la directora de la segunda Residencia Universitaria que la Institución Teresiana abría en Madrid en octubre de 1931, a Julia Ochoa Vicente (1891-1977), le recuerda la finalidad que se busca en esa actividad, cuando la nueva etapa política estrenada pocos meses antes levantaba tanto esperanzas como incertidumbres, y en la que se intensifica el interés hacia el papel a desempeñar por las mujeres dentro del renovado diseño de sociedad. Las fechas en las que la escribe, 29 y 30 de septiembre, coinciden con los días en los que las Cortes estaban discutiendo el artículo del

23. POVEDA, P. «Nuestro Programa, Fe y Ciencia, 1930» en GATINO CARRILLO, A. *Pedro Poveda. Itinerario...* op. cit., p. 350.

24. BLASCO HERRANZ, I. «Ciudadanía femenina...». op. cit. p. 189.

proyecto de Constitución sobre el reconocimiento del voto a las mujeres, del que la prensa hacía amplio eco. Un texto en el que, de acuerdo con el futuro que espera a las estudiantes que acudan a ella, transmitía a quien va a dirigirla lo que piensa:

«Nos proponemos que esta residencia para universitarias sea una verdadera casa de formación, precisamente de jóvenes que han de ser mañana directoras de obras, profesoras de centros superiores y siempre personas que se destaquen por su ciencia y virtud. No es fácil medir ni apreciar la trascendencia de la labor que habéis de hacer en esta casa; porque los destinos de la mujer culta y su influencia en la sociedad moderna son ahora mismo algo tan grande como impreciso»<sup>25</sup>.

La proyección posterior de las estudiantes está siempre presente en sus orientaciones. No es el estudio que podía realizarse para llenar un tiempo de espera en la vida, como un adorno, sino como una riqueza y una responsabilidad que se adquieren también para compartir. De ahí que a las profesoras que convivían con las estudiantes más jóvenes en los Internados, no deje de situarlas con frecuencia ante la obligación que asumían y en consecuencia la tarea que les incumbía. Entre los deberes que en diferentes ocasiones Poveda señala, traigo aquí tres sobre el tema de este trabajo escritos en 1920:

«Cuando hay tiempo para todo menos para el estudio y para los trabajos culturales, se deja incompleta la labor del internado.

Si os interesara el movimiento intelectual del mundo y desearais imponeros en los adelantos de la época, para bien de la obra y de las alumnas, gestionaríais con verdadero celo la adquisición de libros y revistas, por muchos medios que están a vuestro alcance.

Cuando en una casa no se observa afán por los libros y revistas, empeño en adquirir material de enseñanza, por hacer excursiones científicas, celebrar conferencias y actos literarios, es señal inequívoca de que no hay en ella teresianas conocedoras de su misión»<sup>26</sup>.

Estudio, ciencia cultura, términos de un campo semántico común sobre los que reflexionaba en una situación histórica determinada, para una sociedad concreta, y desde el sentido y contenidos de esos conceptos en aquellas

25. POVEDA, P. *La mujer y el mundo intelectual. 1931*, Archivo Histórico Institución Teresiana.

26. Idem. «Del estudio. 1920» en GALIANO CARRILLO, A. *Pedro Poveda. Itinerario...*, op. cit., pp. 361-363.

coordinadas espacio-temporales<sup>27</sup>, pero que evidencian el perfil de sus preocupaciones y de sus insistencias; y que hoy requieren una hermenéutica debido a la evolución que en parte esos conceptos han experimentado.

No le faltaron problemas que afrontar, pues la desconfianza aparecía tanto dentro de los círculos católicos que se asustaban del programa que ofrecía a mujeres, situándole no precisamente como alabanza, en el feminismo —de ahí las precisiones que añadía al utilizar en sus escritos el término— como en los ambientes de quienes le consideraban adversario por tratarse de un sacerdote y de una obra de influencia e intencionalidad católica. Pero ante las opiniones descalificadoras, incluso cuando se referían de manera global al cristianismo, su forma de escucharlas no era negando lo que decían, sino llevando a quienes las oían a la reflexión y al análisis personal sobre cómo estaban viviendo su fe y qué parte podían tener en lo que se criticaba:

«Tenemos la propensión de nuestro amor propio que, deseando justificarnos a toda costa, ve solamente injusticia en la censura de nuestro cristianismo, cuando habrá quizás muchas ocasiones en las cuales nosotros seamos los culpables, y las diatribas de la humanidad la vindicación de la justicia»<sup>28</sup>.

El lugar en el que se ponía y al que animaba a las mujeres era incómodo, pues precisamente la ciencia no sólo buscaba libertad propia, emancipación, autonomía, «ciencia entendida, tanto como desarrollo del conocimiento (progreso científico), como su transmisión (educación)», sino que aspiraba a sustituir a la fe como fuente de sentido: «a la luz del culto a la razón, la ciencia trató de ser un movimiento omnicomprensivo del hombre y del mundo, que se presentaba, en cierta manera, como sustitutivo de la fe o, al menos, en claro divorcio con ella»<sup>29</sup>. Poveda, resistiéndose a esta interpretación desde el concepto de cultura y de ciencia de su momento, insiste a las mujeres a las que se dirige que no renuncien a lo que la cultura y la ciencia ofrecen de sentido y de conocimiento del mundo, pero dentro de una visión de la realidad iluminada por la fe.

Este educador toma la opción de moverse entre dos orillas, ciencia y fe, aunque se presentaban en conflicto; y decide motivar hacia esa misma postura

27. Cfr. MORANO, C., «El valor del estudio en la propuesta educativa de Pedro Poveda» en GALINO CARRILLO, A. (coord.), *Humanismo pedagógico de Pedro Poveda*, Madrid, Narcea, 2000, pp. 90-91.

28. POVEDA, P., «Hasta que Cristo sea formado en vosotros. 1919» en GALINO CARRILLO, A., *Pedro Poveda. Itinerario...*, op. cit., p. 252.

29. MORANO, C., «Pedro Poveda y los primeros cristianos: un referente para abrir nuevos caminos» en BOMBARDIERI, G. (coord.), *Pedro Poveda: nuevos caminos en la Iglesia*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 2004, p. 73.

porque experimenta que es mejor hacer el camino sin apartar la mirada de una y de otra, sin romper el diálogo, sin negar la posibilidad de integrarlas cuando se sabe el significado y la función social de la ciencia, y al mismo tiempo el sentido último de las realidades humanas al que la fe abre. Imagina así un estilo de presencia para las mujeres que sea testimonio de que es posible ser personas de cultura amplia, de cultura actualizada y comprometida, a la vez que profundamente creyentes. De hecho, las que compartían el espíritu de sus propuestas estaban demostrando que se podía seguir siendo creyente además de mujeres cultas y estudiosas. Lo promueve en cualquiera de sus iniciativas como la colaboración específica que él brindaba a una sociedad en la que los valores del evangelio y la contribución de la ciencia tenían que aunarse para hacerla más justa, más humana.

Participación femenina en el desarrollo progresivo de la sociedad que Poveda juzgaba como un asunto no sólo urgente sino de justicia, por ellas mismas, por la cultura y la ciencia de la que eran receptoras y a las que contribuían, por el sentido de sus vidas al que invitaba, por el estilo de ser cristianas que les proponía, por el papel social que estaban llamadas a desempeñar. Se sentía contribuyendo de esta manera a la mejora de la sociedad, dando una respuesta distinta en aspectos de fondo a otras con las que convivía en el tiempo, pero igualmente leal, positiva, esperanzada.

Como impulsor de organizaciones femeninas en tiempos de un asociacionismo cultural, político, educativo, profesional, etc. tan movilizador de energías de mujeres en el primer tercio de siglo, y articulado en torno a visiones e ideas diversas, plurales, encontradas, Poveda transmitía la actitud con la que era preciso actuar, lo cual tenía eco en las mujeres que se integraban en ellas. Así se pone de manifiesto en relación a las Estudiantes Católicas Españolas que impulsaba desde 1929, pues en el mismo discurso de la Secretaria de la Asociación ya citado antes, la conferenciante dejaba clara una postura de aportación positiva, no de confrontación:

«Porque nuestra Asociación, amigas y señoras, no está ni puede estar creada para forjar divisiones ni barreras, ni sembrar discordias, ni establecer incompatibilidades, sino para unir y amasar propósitos en un solo fin de trabajar para la patria, cuyo provenir representamos»<sup>30</sup>.

30. MOYANO, J., «Fiesta de las estudiantes Católicas», op. cit., p. 46.

## Una contribución concreta y eficaz

A este educador le distingue el haber llamado como ningún otro a las mujeres a implicarse en los cambios socioculturales y religiosos de su época; el haber reconocido y contado con las posibilidades de un grupo emergente que estaba incorporándose poco a poco a la cultura académica, propiciando otra conciencia de sí mismas, variando las premisas de partida de su tiempo, desestabilizando modelos que se negaban a cualquier reforma. A este pedagogo le honra el haber alentado con medios eficaces a las jóvenes que manifestaban deseo de estudiar —los hombres contaban ya con muchas instancias que lo hacían— por el camino de la ciencia y de la investigación, del compromiso e intervención en la sociedad, de la fe vivida como sentido y referencia ética.

La memoria de este pionero de la educación superior femenina nos permite afirmar, tomando palabras de la profesora Mónica Moreno, que:

«Las relaciones entre mujeres, religión y política en la España contemporánea, presentan constantes contradicciones —en el discurso, entre el discurso y la práctica, en las diferentes lecturas y actuaciones femeninas—, que demuestran, al menos, que no existió una única realidad representada por «la mujer católica», sino infinidad de realidades y cambios, numerosas experiencias que remiten a las mujeres como sujetos activos y protagonistas en el asociacionismo católico»<sup>31</sup>.

Una mirada desde el siglo XXI a los proyectos que impulsó y a su continuidad, pone de manifiesto la historia de una contribución concreta y eficiente para que innumerables mujeres de diferentes contextos y países que se formaron con esa modalidad, hayan podido adquirir una mejor conciencia de sí mismas y desplegar un papel más activo en la sociedad y en la cultura de los últimos cien años.

Sus realizaciones dentro de un feminismo que, con diferentes voces, reclamaba los espacios que las mujeres tenían derecho a ocupar y a compartir, representaron una aportación valiosa, no sólo por lo que despertaron en quienes participaron en ellas, sino también en lo que produjeron de eco que se escuchaba en ámbitos que más difícilmente hubiesen sido receptivos a esos mismos mensajes pero difundidos desde otras tribunas.

31. MORENO SECO, M., «Mujeres, clericalismo y asociacionismo católico» en CUEVA MERINO, J. DE-LOPEZ VILLAVERDE, A. L. (coords.), *Clericalismo y asociacionismo católico en España, de la Restauración a la Transición*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2005, p. 129.



## Bibliografía y Fuentes

- ARESTI, N. *Médicos, donjuanes y mujeres modernas*, Bilbao, Universidad País Vasco, 2001.
- BLASCO HERRANZ, I., «Ciudadanía femenina y militancia católica en la España de los años veinte: el feminismo católico» en BOYD, CAROLYN. *Religión y política en la España contemporánea*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 187-207.
- CAPEL MARTÍNEZ, R. M. *El trabajo y la educación de la mujer en España (1900-1930)*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1986, 609 pp.
- CARABIAS, J., «Las mil estudiantes de la Universidad de Madrid. Entrevista con María de Maeztu» en *Estampa*, 24 de junio de 1933. Reproducido en *Crónicas de la República*, Madrid, Temas de Hoy, 1997, pp. 122-130.
- DELGADO, B., «Influencias de las pedagogías extranjeras en la España reciente» en VV. AA. *Pedro Poveda. Volumen-Homenaje Cincuentenario 1936-1986*, Madrid, Narcea, 1988, pp. 261-277.
- FLECHA GARCÍA, C., «La primera residencia universitaria femenina en España» en VV.AA. *Pedro Poveda. Volumen-Homenaje Cincuentenario 1936-1986*, Madrid, Narcea, 1988, pp. 321-335.
- FUSI, J. P., «La cultura», en VV.AA. *La España del siglo XX*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 441-600.
- GALINO, Á. *Pedro Poveda. Itinerario Pedagógico*, Madrid, CSIC, 1965<sup>2</sup>.
- GÓMEZ MOLLEDA, M. D., «Marco histórico: Iglesia, sociedad y educación» en BARTOLOMÉ MARTÍNEZ, BERNABÉ (dir.). *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España*, Madrid, Biblioteca Autores Cristianos, 1996, Vol. II, pp. 3-34.
- *La escuela problema social*, Madrid, Narcea, 1974.
- LÓPEZ DÍAZ-OTAZU, A. M., «Colaboradoras de Pedro Poveda que hicieron viables los proyectos» en VV.AA. *Pedro Poveda. Volumen-Homenaje Cincuentenario 1936-1986*, pp. 297-320.

- MARTÍN GAMERO, A. *Antología del feminismo*, Sevilla, Instituto Andaluz de la Mujer, 2002.
- MORANO, C., «El valor del estudio en la propuesta educativa de Pedro Poveda» en GALINO, Á. (coord.). *Humanismo pedagógico de Pedro Poveda*, Madrid, Narcea, 2000, pp. 90-91.
- «Pedro Poveda y los primeros cristianos: un referente para abrir nuevos caminos», en BOMBARDIERI, Giovanna (coord.). *Pedro Poveda: nuevos caminos en la Iglesia*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 2004, pp. 71-83.
- MORENO SECO, M., «Mujeres, clericalismo y asociacionismo católico», en CUEVA MERINO, JULIO DE-LÓPEZ VILLAVERDE, ÁNGEL LUIS (coords.). *Clericalismo y asociacionismo católico en España: de la Restauración a la Transición*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2005, pp. 107-131.
- MOYANO, JOSEFINA, «Fiesta de las Estudiantes Católicas» en *Boletín de la Institución Teresiana*, Diciembre 1930, pp. 45-47.
- PEGO PUIGBÓ, Armando. *Modernidad y Pedagogía en Pedro Poveda*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 2006.
- POVEDA, P., «Hasta que Cristo sea formado en vosotros. 1919», «Del estudio. 1920» y «Nuestro Programa, Fe y Ciencia. 1930» en GALINO CARRILLO, Á. *Pedro Poveda. Itinerario Pedagógico*, Madrid, CSIC, 1965, pp. 250-254, pp. 361-363 y 349-352.
- *Preparación para la Universidad. 1927*, Archivo Histórico Institución Teresiana.
- *La mujer y el mundo intelectual. 1931*, Archivo Histórico Institución Teresiana.
- VV.AA. *Pedro Poveda. Volumen-Homenaje Cincuentenario 1936-1986*, Madrid, Narcea, 1988, 562 pp.